

el Palatinado, una región estratégica, pasaría a ser un territorio más propicio a sostener los intereses políticos y religiosos de Inglaterra que los de una monarquía católica. La ineficacia de las embajadas españolas de Alonso de Velasco y Pedro de Zúñiga a la hora de estorbar esa alianza contrasta con el cambio que se produce tras la llegada, en julio de 1613, del conde de Gondomar como embajador de la corona española.

El segundo capítulo, «Growing Alarm and Fear in England. The Armada Scare of 1612-1613» (págs. 61-129), reconstruye el clima de temor creciente en Londres ante el posible desembarco de una armada española que, según rumores variables, se preparaba para exaltar la presencia del rey Felipe en un viaje proyectado a Lisboa, a menos que se destinase a atacar intereses ingleses en Virginia, cuando no a desembarcar sobre la propia costa inglesa. Tales eran las noticias dispares, pero siempre alarmadas, que se esparcían por Inglaterra. El 6 de noviembre de 1612 la muerte del príncipe heredero Enrique, a cuya figura fiaba el país la recuperación de un estilo político más agresivo que el ejercido por su padre, contribuyó a incrementar la sensación de inseguridad hacia España, que, por el contrario, atravesaba un periodo de estabilidad mayor y contaba con el previsible apoyo de Francia tras las paces firmadas en 1598. El sentimiento anticatólico fue creciente en los pulpitos protestantes y no faltaron voces que atribuyeran la muerte del príncipe a un envenenamiento urdido a instancias del Papa. Senning repasa las medidas gubernamentales adoptadas en Londres para privar de armas a todos los católicos y la preparación de una milicia nacional que pudiera hacer frente a cualquier intento de conspiración. Las cartas de numerosos católicos asentados en Inglaterra, así como las de Boischott, se suman en apoyo de su reconstrucción de los hechos a los testimonios tanto de eclesiásticos ingleses -protestantes, por tanto-, embajadores de Italia -el veneciano Foscarini al frente-, diversos informes militares y la noticiosa correspondencia de John Digby, embajador del rey Jacobo en la corte de Madrid.

«The Palatine Wedding and Its Aftermath» (págs. 130-194), el tercer capítulo, se detiene en los festejos celebrados con motivo de la boda entre el conde palatino y la princesa Isabel. El repaso se centra en la posible detección de rasgos e ideas antiespañolas incluidas en los abundantes epitalamios escritos para la ocasión y en la puesta en escena de las numerosas máscaras que se representaron, entre ellas varias obras de Shakespeare. Pero la afrenta más vistosa -por explícita- bien pudo haber sido la denunciada por Luisa de Carvajal en una de sus cartas, donde informa del agravio que suponía la exhibición, en la estancia reservada a la cena -uno de cuyos comensales debía ser el embajador español, que excusaría su presencia-, de unos tapices que representaban el desastre de la armada de Felipe II en 1588. *Ad Hispaniam*, un ofensivo epitalamio de Richard Rands, fue motivo también de un conflicto diplomático asumido por el embajador Velasco, pero instigado por una denuncia de Luisa de Carvajal. Estos desdenes, unidos al desafío que para España suponía la adscripción del Palatinado al credo protestante y la posibilidad de que en Bohemia pudiera haber un rey de romanos no católico y ajeno a la dinastía de los Habsburgo, prolongaron el ambiente hostil, lleno de desconfianzas mutuas y con diversas cuentas pendientes e intereses opuestos que el conde de Gondomar encontraría a su llegada a Londres en el verano de 1613.

«Cleves, Spinola, and the Armada Scare of September 1614» (págs. 195-239) reconstruye la rivalidad por el dominio de los ducados de Cléveris y Jülich, un conflicto de intereses que implicaba a varias coronas europeas y que empezó a crecer con el enfrentamiento de los electores de Brandenburgo y de Neuburg. La campaña de Ambrogio Spinola en Alemania que culminó con la toma de Wesel contribuyó a enrarecer las relaciones hispanoinglesas y a dificultar el trabajo conciliador de las embajadas. De nuevo los rumores de una incursión naval contra Inglaterra se airearon interesadamente, esta vez desde la costa holandesa. Ambos episodios son alegados por Senning como ejemplos del tendencioso interés con que este tipo de noticias -reales como la de la campaña de Spinola, que sin embargo sería deformada en las imprentas, y falsas como la de la nueva incursión de la armada, que resultaría ser una flota comercial de barcos holandeses-, se hacían circular en Inglaterra a fin de alentar el sentimiento antihispánico en el reino y favorecer políticas restrictivas en cuestiones de religión. Las campañas de descrédito católico incluían también la actividad de las prensas, que producían abundante material satírico y ofensivo contra la iglesia de Roma y empeñaban al embajador recién llegado en su compromiso por evitar la circulación de material injurioso para la religión católica (págs. 207-208) o favorable a un enfrentamiento bélico en el terreno político internacional (págs. 211-219). Senning destaca la inteligente labor de Gondomar y su solvencia en momentos particularmente comprometidos, habilidades que contrastan con la torpe labor de sus predecesores en el cargo, Alonso de Velasco y Pedro de Zúñiga.

Una breve coda (págs. 240-244), «Xanten and Beyond», da cuenta del precario acuerdo logrado sobre los territorios alemanes en disputa en noviembre de 1614 (tratado de Xanten), una paz inestable que acabaría sucumbiendo pocos años después con la guerra de los Treinta Años. El texto de Senning incluye un rápido repaso de las enésimas alarmas ante una posible incursión de la armada española en territorio británico entre 1614 y 1625, todas menos graves que las comentadas y todas notificadas por el conde de Gondomar en su correspondencia a la corte española.

Rumores, pues, renovados que revelan la importancia de considerar las habladurías, ya fueran en forma de libelos impresos, de cartas manuscritas, de despachos oficiales o corrieran de boca en boca, como una fuente de información decisiva para comprender el sesgo de las decisiones políticas que se tomaban a instancias de difamaciones interesadas esparcidas como noticias ciertas. Pero, además, este caudal de figuraciones sirve para documentar la construcción en el imaginario colectivo inglés de una imagen premeditada de España que, a través del rumor, encontraría un medio sumamente eficaz para asentarse y para inspirar legislaciones, políticas y alianzas que en más de una ocasión acabaron decidiendo el rumbo de la historia.

CEREMONIAS DE PAZ

CATEAU-CAMBRÉSIS EN LA CORRESPONDENCIA DEL CARDENAL GRANVELLE

La victoria española en San Quintín, de la que el cardenal Granvelle da repetida cuenta en su correspondencia otoñal del año 1557 (cfr. RB II/2549), forzó un nuevo orden en Europa que quedaría ratificado por el tratado de paz de Cateau-Cambrésis [Haaen 2010]. España, a costa de Francia, se alzaba con una hegemonía política y territorial que duraría un siglo, hasta que un nuevo tratado de paz, el de los Pirineos (7 de noviembre de 1659) revirtiera la situación.

En Cateau-Cambrésis la alianza acordada el 2 de abril de 1559 implicaba a España, a Francia y a Inglaterra. Las conversaciones de paz se iniciaron en la abadía de Cercamp aunque acabarían trasladándose al castillo de la población que dio nombre al tratado. Los representantes de Francia e Inglaterra aceptaron que Calais, en manos inglesas, volviera a la corona francesa durante un periodo de ocho años. Cumplido el plazo, de no ser devuelta la ciudad a Inglaterra, Francia se comprometía a pagar 500.000 escudos de oro en compensación.

A su vez, Felipe II devolvía a la corona francesa las plazas conquistadas apenas dos años antes de San Quintín, Ham y Châtelet, además de Toul, Verdún y el obispado de Metz. Los franceses debían restituir distintas poblaciones ocupadas en Flandes y renunciaban a sus intereses en Italia: Saboya y Piamonte se devolvían a la casa de Saboya, Córcega pasaba a ser jurisdicción de Génova y el Monferrato acababa en manos de la casa de Mantua. España retenía asimismo el Franco Condado. Por lo demás, ambas coronas, la española y la francesa, se comprometían a combatir juntas la herejía protestante y a reforzar sus lazos afectivos con el matrimonio de dos familiares directas del rey Enrique II, una hermana y una hija, con el duque Emmanuele Filiberto de Saboya y con Felipe II respectivamente.

En un ambiente de voluntariosa cordialidad se negociaron las paces y se celebraron festejos que debían ratificar el nuevo entendimiento. La única sombra en todo el proceso surgió, precisamente, de una de las ceremonias festivas más sonadas de cuantas se celebraron aquel año: el rey francés, durante su participación en un torneo que era parte de los festejos públicos con motivo de la boda de su hija Isabel con el rey Felipe II, resultó fatalmente herido en un ojo por su capitán de la guardia Gabriel I de Montgomery. La herida empeoró y aunque el cirujano tuvo el atroz privilegio de reproducir la lanzada en varios condenados a muerte para ensanchar el campo de experimentación en la cura, no pudo salvar al rey. El propio Felipe II hizo viajar a Andrés Vesalio desde Bruselas a la corte de París pero el prestigioso médico llegó demasiado tarde.

La validación del tratado de paz de Cateau-Cambrésis firmado en abril, exigía la puesta en escena de diversas formalidades, entre ellas un juramento solemne por parte de S. M. Católica y del rey Cristianísimo que ratificara lo acordado. El aparato de representación desplegado por los dos monarcas para escenificar el acuerdo fue muy notable y tanto la corte como el ejército y la iglesia hallaron una ocasión solemne de darse a ver a través de un selectísimo plantel elegido por los propios monarcas como representación de su persona en los juramentos hechos en Bruselas y en París. A la solemnidad del acuerdo se sumaron los festejos derivados de las dos bodas vinculadas a la paz recién firmada, las cuales se celebraron pocos días después de las ratificaciones. Aparte de la documentación oficial derivada del proceso -cartas y capitulaciones, compromisos y juramentos reglamentados- las propias ceremonias cortesanas alcanzan el valor de fuentes historiográficas que permiten conocer y recrear algunos matices que la documentación archivística no suministra. El profesor Bouza [2000: 156] nos

advierte de la existencia de una «cultura política europea que solemnizaba en espectáculos y ceremonias tanto los sucesos de sus príncipes como la propia existencia de las comunidades que estos regían». Los mismos espacios donde se desarrollaban las ceremonias, desde la cámara a la capilla pasando por los escenarios de la fiesta, tampoco carecen de valor a la hora de documentar hábitos e intenciones. Se trata, al cabo, de «una geometría, parlante como algunas arquitecturas, que revela la jerarquía permitiendo ver inasibles lazos de dependencia difícilmente perceptibles de otro modo; es, también, una confrontación de fuerzas en la que la reputación alcanzada se demuestra en los lugares que se ocupan junto al rey» [Bouza 2000: 160].

Buena prueba de todo ello es una minuta que Granvelle envió al secretario Juan Vázquez de Molina un 20 de junio de 1559 en la que describe brevemente el recibimiento y la peripecia de la legación española en viaje hacia París para asistir al juramento de las capitulaciones de paz que debía hacer Enrique II tras la firma previa de Felipe II. Pero antes de llegar a esa letra, que es inédita, vale la pena repasar los acontecimientos que dieron pie a tantas cortesías y ceremonias como las que comprometían un tratado que habría de durar cien años. La propia correspondencia del cardenal Granvelle nos sirve de guía.

En mayo de 1559, una comitiva francesa se desplazó a Bruselas para asistir al juramento de Felipe II. El cardenal Granvelle



Louis Morin, *L'enfant prodigue*. Paris: Delagrave, 1898 [RB INF / 3144]

ofició una misa como parte de la ceremonia y en una carta al cardenal de Sigüenza, Pedro Pacheco de Villena, refiere brevemente quiénes asistieron en representación del rey francés:

A 15 deste, habiendo yo dicho missa solemne en la capilla de palacio, juró su Magestad en mis manos la paz en presencia del cardenal de Lorrena [Charles de Lorraine-Guise], el mareschal de Sant Andrés [Jacques d'Albon de Saint-André, marqués de Fronsac] y del obispo d'Orleans [Jean de Morvilliers], que estavan allí para verla jurar. [II/2320, f. 11r-v: Minuta de Granvelle al cardenal de Sigüenza (Bruselas, 28/05/1559)].

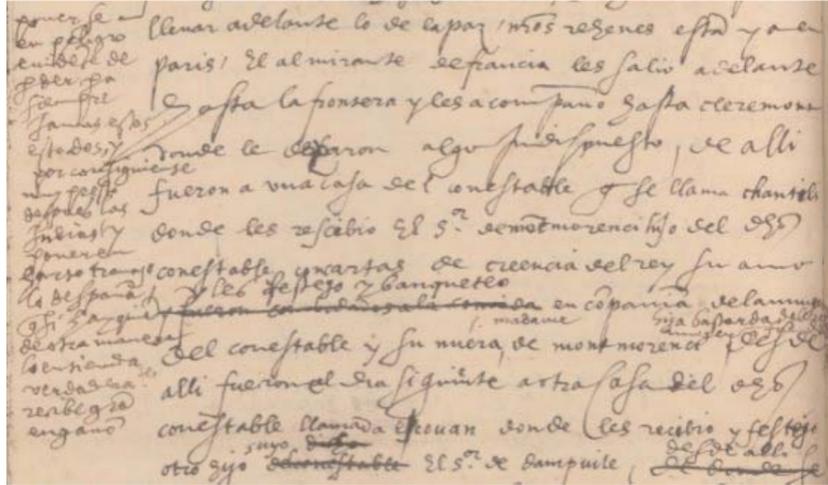


Fig. 1: Detalle de II/2320, fol. 42v

Por parte española, la delegación que debía adentrarse en suelo francés para asistir al juramento correspondiente de Enrique II contaba también con nombres señalados. El rey francés había ofrecido un listado de diez nombres de los que Felipe II escogió a los que debían representarle. Granvelle, en la misma carta que dirigió al cardenal de Sigüenza, los menciona y deja entrever también el clima de confianza que se había establecido entre ambas coronas, hasta el punto de que el rey francés llama «hijo» al rey de España teniendo en cuenta que pronto será su yerno:

Han nombrado por rehenes para que vayan de nuestra parte a Francia el duque d'Alva, el príncipe d'Orange [Willem van Nassau], el conde de Feria [Gómez Suárez de Figueroa] y el conde d'Aigmont [Lamoral d'Egmont]. Y habiendo su Magestad escusado al conde de Feria diciendo que no podría yr por hallarse en Inglaterra y que se nombraría otro en su lugar, se han contentado de los tres, y que sin ellos se haría el rey su amo de nuestro rey su hijo, y que luego que nuestros rehenes que han de partir para yr a Francia a primero del que viene lleguen a Perona [Péronne], restituirán todo lo de acá y después lo de Italia, adonde se escribe a nuestros ministros que luego que [los] franceses hayan restituido allá, restituyan ellos también sin aguardar otra consulta de aquí. [II/2320, f. 11r-v: Minuta de Granvelle al cardenal de Sigüenza (Bruselas, 28/05/1559)].

Tanto franceses como españoles acudieron con regalos y acompañados de un notable séquito: solo el conde de Egmont iba escoltado por una treintena de gentileshombres; el duque de Alba sumaba a su comitiva, nutrida de numerosos miembros de la casa de Toledo, no menos de trescientos caballos. El juramento en suelo francés iba asociado también a dos conciertos matrimoniales que debían fortalecer los vínculos amistosos de las dos monarquías: el duque de Saboya, Emmanuele Filiberto, se casaba con Margarita de Francia, duquesa de Berry y hermana de Enrique II, y el rey Felipe con Isabel de Valois, hija del rey de Francia.

Para demostrar la buena voluntad de ambas partes en el juramento, los representantes españoles tenían la consideración de rehenes en tanto no se realizara la devolución. La cortesía, pues, obligaba a la celeridad de las negociaciones para salir de esa condición siquiera simbólica. Mas a pesar de la buena voluntad latente entre las dos monarquías, el paso de los días sin noticias sobre la restitución de plazas, daba para alertar algunas suspicacias, incluidas las del cardenal Granvelle:

El duque de Savoya partió ayer muy lucido con su compañía pero pudírase hazer este viage, a mi parecer, tanto bien a menos costa. No hay nueva ahún que hayan restituydo ni Marie[n]bourg ny Theonville [Thionville] ny otra cosa. Espero que lo harán, mas yo no saliera de aquí si fuera el duque de Savoya sin verlo hecho. [II/2320, fol. 82v: Minuta de Granvelle al duque de Alba (Bruselas, 16-VI-1559)].

A pesar de estos recelos, el deseo común de los dos bandos por concertarse aflora en numerosos pasajes de la correspondencia. El accidente y la muerte posterior de Enrique II siembra las alarmas por si el nuevo rey, su hijo Franciso, no tuviera la misma disposición que el padre y en ese periodo de desconcierto, apreciable en la correspondencia, se trabaja para que el trato entre las dos monarquías sea exquisito. Un ejemplo evidente de estos primores son dos minutas del cardenal fechadas el mismo día, un 14 de julio de 1559. En ambas se pide al duque de Sessa y a Francisco de Ibarra que se rebaje el rescate que se quiere cobrar por el señor de la Roche, caballero francés que cuenta con la protección de Anne de Montmorency, condestable de Francia. El cardenal es claro en el requerimiento al demandar la rebaja de una cifra que en Francia consideraban

resultaría mucho más fructífero el teatro oriental que el occidental, el terrestre que el marítimo.

NOTAS

- (1) La labor de propaganda de los poderes católicos en el continente tras la victoria tuvo diversas dimensiones y no fue solo visual. Hay así todo un *corpus* de producción poética de desigual calidad, pero relevante en conjunto. Véase López de Toro 1950 y Wright *et alii* 2014.

REFERENCIAS

- LÓPEZ DE TORO, José, *Los poetas de Lepanto*, Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1950.
- LÓPEZ SERRANO, Matilde, «Lepanto en sus representaciones grabadas», *Reales Sitios*, 8 (1971), 12-16.
- MORALES, Consolación, «Mapas de la época de Carlos V», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXIV, núm. 2 (1958), 717-741.
- WRIGHT, Elizabeth, *et alii*, *The Battle of Lepanto*, eds. Elizabeth R. Wright, Sarah Spence and Andrew Lemons, Cambridge, Massachusetts; London, Harvard University Press, 2014.

Calvin F. Senning
SPAIN, RUMOR, AND ANTI-CATHOLICISM IN MID-JACOBEOAN ENGLAND
THE PALATINE MATCH, CLEVES, AND THE ARMADA SCARES OF 1612-1613 AND 1614
New York and London, Routledge, 2019

El rumor como argumento, las reputaciones como amenaza, la hostilidad como defensa, el libelo como estrategia política, la religión como sospecha de iniquidad son aspectos que inspiran el discurso de Calvin F. Senning a la hora de reconstruir las relaciones entre España e Inglaterra durante el gobierno de Jacobo I. El libro revisa los años centrales de su reinado, un periodo que el autor considera peor atendido que sus inicios y su final. Senning ve en esos años intermedios -entre 1613 y 1618- un espacio de transición entre una primera década de logros prometedores para el país y una debilidad creciente de la posición de Inglaterra en Europa, en buena medida comprometida por las menguadas cuentas reales, que no permitían financiar un ejército sólido ni el sostenimiento de una guerra que hiciera valer las posiciones inglesas en materias territoriales y de religión. Las habilidades diplomáticas del conde de Gondomar adquieren un papel relevante también en el progresivo apaciguamiento de las sospechas del rey inglés contra las intenciones, juzgadas siempre funestas para Inglaterra, de España. La vigencia en el imaginario colectivo inglés de una posible incursión en sus costas de la armada española, un rumor aireado con especial insistencia en el bienio 1612-1613, con un nuevo brote en septiembre de 1614, se incorpora al propio título del libro y se mantiene como un rumor de fondo en la exposición de Calvin F. Senning que afecta a todas las negociaciones diplomáticas del momento.

El propósito del autor es destacar la importancia que la expansión de los rumores interesados podía tener en la toma de decisiones políticas y en la deriva de las relaciones internacionales. A la amenaza latente de la armada española debe añadirse, para completar la pintura del ambiente social y político descrito en *Spain, Rumor, and Anti-Catholicism in Mid-Jacobean England*, la cuestión del matrimonio entre Isabel, hija del rey Jacobo, con el conde palatino Federico V, un enlace de sesgo protestante que contrasta con el *Spanish match* negociado por Gondomar para unir al príncipe Carlos con la infanta María. El panorama internacional abordado en el libro se completa con la rivalidad por hacerse con el control de los territorios de Cléveris-Jülich y con las relaciones entre protestantes y católicos en Inglaterra.

Entre las fuentes empleadas por el historiador destacan tres que han sido poco recurridas por los especialistas de este periodo: 1. La correspondencia oficial de Ferdinand de Boischoff, embajador de los Países Bajos en Londres en representación de los archiducos de Austria, Alberto e Isabel Clara Eugenia. 2. Avisos, cartas y noticias que circulaban entre los católicos residentes en Inglaterra y que enviaban al colegio inglés de Roma, un conjunto documental que no permite afirmar que entre los católicos ingleses se dieran las tendencias sediciosas y conspirativas de las que se les acusaba y por las que eran perseguidos. 3. Las cartas de doña Luisa de Carvajal, mujer de origen noble que llevó su misión como propagadora del catolicismo en Inglaterra tan lejos como pudo bajo la vigilancia y la hostilidad de la autoridad eclesiástica representada por el arzobispo de Canterbury, George Abbot, y por los propios dictámenes, más variables, del rey Jacobo.

El libro se organiza en cinco capítulos que pueden leerse de manera autónoma, si bien son complementarios en la pintura de un ambiente y de un periodo. Cada uno de ellos incorpora un aparato de notas propio y el apéndice documental y bibliográfico que respalda el texto.

El capítulo -o el ensayo- primero, «Deterioration in Anglo-Spanish Relations, 1611-1612» (págs. 6-60) reconstruye el clima social en Inglaterra creado tras la muerte del príncipe Enrique, en quien la población y buena parte del estamento eclesiástico y político inglés veía un heredero convencido de postulados y actitudes que se identificaban con el periodo isabelino. Junto al lamento por esa pérdida, que extendió un sentimiento de vulnerabilidad en el reino -los más beligerantes advertían en la gobernación de Jacobo debilidades ausentes en el príncipe recién fallecido-, la desconfianza entre las coronas española e inglesa fue en aumento con motivo del concierto matrimonial entre Isabel y Federico V, dada su significación internacional:

lla, por lo que resulta de interés para los historiadores náuticos dado el detalle físico de las galeras. Al final del volumen se agrupan dieciséis plantas de fortificaciones que refuerzan la idea de que el volumen sería de interés para un hombre de estado de alto nivel gubernativo.

Hay en el conjunto del MAP/455 algunas estampas posteriores a la operación de Lepanto, pertenecientes a otras acciones bélicas del año siguiente. Tras las propias de la batalla (núm. 46-52), culminadas con la entrada triunfal de Marcantonio Colonna el 4 de diciembre en Roma -estampa que no firma Lafreri sino Francesco Tramezino-, sigue la disposición naval en orden de batalla para la operación del golfo de Eubea (núm. 54), cerca de la ciudad de Negroponte, a cargo de Colonna el 24 de julio de 1572, resuelta también en victoria. Y otros choques con los turcos en operaciones relacionadas con las fortalezas de Modone y Navarino (núm. 55-57), el 29 de septiembre y el seis de octubre de 1572. De la de Modone hay otra distinta en el MAP/464 (155). Esas segundas representaciones navales de Lafreri prueban que hubieron de tener éxito las primeras estampas leplantinas. Aunque no alcanzasen la misma significación militar tenían su mercado de consumo, no solo popular sino en primera instancia derivado de los poderes hispanos decisorios y actuantes. También hay que señalar la de Famagusta (núm. 58), anterior a ellas, de 1571. Con respecto a la propia batalla de Lepanto, y a diferencia de la profusión con la que aparece representada en el MAP/455, en el MAP/464 solo hay dos grandes estampas de Lafreri, la que firma en noviembre de 1571 (núm. 152), la misma del MAP/455 (51), y la gran escena referida (núm. 153), plegada, la de mayores dimensiones, la que provoca la ilusión a quien la contempla de formar parte de los hechos, que es la que también aparece, numerada como 52, en el MAP/455.

Esas jornadas posteriores a Lepanto eran asimismo de interés geoestratégico para reafirmar el control obtenido en la batalla del siete de octubre del año anterior, como opinaba don García de Toledo, que había sido capitán general de las galeras de Nápoles en tiempo aún del emperador y era hijo de don Pedro de Toledo, el marqués de Villafranca, virrey napolitano hasta su muerte en 1553. Don García, según manifestó al monarca, no se había implicado como hubiera querido en la planificación de la «alta ocasión» de Lepanto, pero desde Madrid se contaba con él para la nueva empresa en Argel, pues al rey Felipe, tras la consolidación de poder en el área griega y oriental que sucedió a la victoria de Lepanto, tan cantada (1), le interesaba ampliar el control sobre el territorio norteafricano. Estimaba el soberano que el foco musulmán norteafricano alimentaba la guerra granadina tras la sublevación de las Alpujarras por los contactos moriscos en ella y, sobre todo, tras la toma de Túnez en 1569 por parte del Bey de Argel, Uluj Alí Pasha. Ya había intervenido don García en la fracasada jornada de Argel de 1541 con cinco galeras y conocía bien las dificultades de la empresa, por lo que era más partidario de operar en cambio en el área oriental, más controlada tras Lepanto, con acciones como las del golfo de Eubea y otras que se planificaron.

También había voces autorizadas, por contra, que tras el éxito de Lepanto temían que se perdiese reputación si no se repetía el triunfo naval en las sucesivas intervenciones. En la operación del golfo de Eubea se renovaron los éxitos contra los turcos justo a los diez meses de Lepanto, el siete de agosto, y en alguna operación más hubo nuevo triunfo confirmatorio del dominio cristiano en el área oriental. Colonna no quiso contar en la ocasión del golfo de Eubea con la presencia de don Juan de Austria para que no le arrebatara laureles, lo que consiguió finalmente al permanecer don Juan en Sicilia ocupado con el proyecto de Argel. La jornada no se materializaría, si bien en el 73 comandó una operación ambiciosa contra Túnez con más de cien galeras y casi veinte mil hombres que fue exitosa. Aparece reflejada en el MAP/455 (38), *La Presa di Tunis del Re Catolico l'anno 1573*. La respuesta otomana fue contundente y Túnez se reconquista al año siguiente con una fuerza imponente de doscientas treinta galeras y unos cien mil turcos. Desde entonces quedaría asentado el poder musulmán en el área sin que volviera a perder la plaza reconquistada. Se dio así respuesta otomana, firme, al triunfo cristiano de Lepanto y sin que se resintiera su poderío naval de la pérdida de dos tercios de la flota en 1571, pues tres años después contaba con una amplísima armada. La situación geoestratégica del Mediterráneo terminó, pues, en tablas, pero favoreció un giro militar naval hacia el Atlántico por parte de la Monarquía hispánica. Por lo demás, para Madrid era este un sesgo inevitable, dada la máquina de recursos militares que requería la guerra en los Países Bajos. La intensidad de los esfuerzos bélicos en ambos frentes llegaría a desembocar en la suspensión de pagos de la Corona en 1575.

Las estampas palatinas de este MAP/455 reflejan, así, las últimas operaciones navales mediterráneas, más allá de Lepanto. Tras la tregua hispano-turca tácita, iniciada en 1578 con «la embajada Margliani» y efectiva oficialmente el 4 de febrero de 1581, con el denominado por los turcos *temessük*, se produjo un nuevo *statu quo* en todo el Mediterráneo. Fue tregua no firmada por los soberanos directamente sino por un visir y Margliani, pero reconocida -y avanzada como paces ya años antes- tras Lepanto, entre la Signoría de Venecia y el Imperio Otomano [Archivio di Stato, *Senato, Dispacci Ambasciatori, Constantinopoli*, filza 6 a 8]. La Sublime Puerta se centraría así en Persia y la lucha contra los safávidas, pugna de largo recorrido, entre 1578 y 1590, que acabó con victoria turca y control de amplísimos territorios. A la postre, el poderío otomano resultaría beneficiado con respecto a la correosa situación previa en el Mediterráneo, donde tanto costaba tomar una isla importante, caso de la fallida operación de Malta de 1565, el llamado «gran sitio» por parte otomana [véase MAP/455 (44), aparte de (42)] que acabó en derrota de los asaltantes. El gran giro militar a Oriente le sirvió al imperio otomano para hacerse con el control de Azerbaiyán, del Cáucaso y de Georgia, que pasó a ser provincia turca. Ese giro geoestratégico no era novedoso en absoluto: ya durante más de veinte años (1532 a 1555), Solimán estuvo muy centrado en el escenario safávida en tres intensas campañas. El eurocentrismo historiográfico -sumado en España a la contaminación interpretativa aludida en el primer párrafo- tal vez ha llevado a una apreciación maximalista de la acción occidental del imperio otomano en el Mediterráneo cuando en realidad era un escenario operativo alternante en su expansionismo militar. En el caso de Turquía

excesiva y le confiesa al duque de Sessa que obra así «por satisfacer al condestable y a otros que me han rogado» [II/2320, fol. 71r-v]. Con Ibarra, el tono tiene más de exigencia que de buena voluntad porque el cardenal requiere que el rescate se acomode a «lo que se conversó de los presos entre el duque de Savoya y el mareschal de Sant Andrés [Jacques d'Albon de Saint-André, marqués de Fronsac], confirmado y ratificado por sus magestades» [II/2320, fols. 71r-v, 72r].

La estancia de los rehenes españoles se prolongó durante varias semanas de junio. Especialmente ocupado estuvo el duque de Alba que a su condición de testigo del juramento hubo de añadir la de representante matrimonial de Felipe II, ya que el compromiso fue «por palabras». Una carta que le envió Granvelle el 16 de junio de 1559 nos permite saber que el propio cardenal tuvo su parte en las negociaciones y que tradujo al francés la resolución de Su Majestad:

V[uestra] e[xcelencia] verá la forma de capítulos matrimoniales que el embajador de Francia [Sébastien de l'Aubespine] ha dado, embiádosele como dize de allá para que antes que se haga el matrimonio por palabras, de presente se passen y concluyan por v. e. con el rey de Francia. Lo que sobre ello ha parecido verá v. e. por un breve scripto que yo he hecho en francés de la resolución de Su Magestad, la qual le ha firmado de su mano y ha mandádome que con esta mi carta se lo embiasse, y también yrá el poder de Su Magestad para que v. e. válidamente lo pueda hazer, y la patente para que si lo que, Dios no quiera, el rey nuestro amo premuriesse, pueda la Reyna Elisabet retirarse en Francia y gozar sus arras [II/2320, fol. 82r-v: Minuta de Granvelle al duque de Alba (Bruselas, 16-VI-1559)].

Para cerrar estas noticias derivadas de la ratificación de la paz de Cateau-Cambrésis, publicamos el fragmento correspondiente a la llegada a París de los rehenes españoles según consta en una minuta del cardenal al secretario Juan Vázquez de Molina. En los párrafos que preceden a este relato apresurado pero noticioso, Granvelle había incluido una referencia a su hermano Thomas Perrenot, recién nombrado embajador en Francia, otra al condestable de Castilla, Pedro Fernández de Velasco, a quien procura favorecer en un negocio particular, y una tercera al auto de fe celebrado en Valladolid el 21 de mayo de 1559, rigor que el cardenal juzga «de gran exemplo» y que servirá de «gran miedo y espanto» a los enemigos de la religión.

MINUTA DE ANTOINE PERRENOT DE GRANVELLE, OBISPO DE ARRAS, A JUAN VÁZQUEZ [DE MOLINA].

(Bruselas, 20 de junio, 1559). II/2320, fols. 42r-43v

[fol. 42v] [Los] franceses muestran hasta agora muy gran gana de querer llevar adelante lo de la paz. Nuestros rehenes están ya en París. El almirante de Francia [Gaspard de Châtillon, señor de Coligny] les salió adelante hasta la frontera y les acompañó hasta Cleremont [Clermont de l'Oise], donde le dexaron algo indispuesto. De allí fueron a una casa del conestable [Anne de Montmorency] que se llama Chantilly [Chantilly, Oise], donde les rescibió el señor de Montmorency [Henri I de Montmorency, conde de Damville], hijo del dicho condestable, con cartas de creencia del rey su amo [Enrique II] y les festejó y banqueteó en compañía de la mujer del conestable [Madeleine de Savoie] y su nuera, madame de Montmorency [Dianne de France, duquesa de Angoulême y Étampes], hija bastarda del rey de Francia, mujer que fue del duque Oracio Farnesio [duque de Castro]. Desde allí fueron al día siguiente a otra casa del dicho conestable, llamada Escouen [Écouen], donde les recibió y festejó otro hijo suyo, el señor de Dampville [Charles de Montmorency-Damville]. Desde allí se fueron a San Denis, donde les recogió, aposentó y festejó el cardenal de Lorrena [Charles de Lorraine-Guise]. Después otro día fueron a París, donde les salió a recibir hasta fuera de la villa con muy gran compañía el duque de Lorrena [Charles III de Lorraine] acompañado del príncipe de Ferrara [Ercole II d'Este], del gran prior de Francia [François I de Lorraine, II duque de Guise] y de otros muchos señores y cavalleros, y luego, en otro tropel, el duque de Nemeurs [Jacques de Savoie-Nemours] con buena compañía, con los cuales entraron en París y se fueron a apear en palacio, donde les aguardaba el rey en una gran sala con el conestable de Francia, el cardenal de Lorrena, el de Guisa [Louis I de Lorraine] y otros muchos personajes. Y les salió a recibir el rey dalfín [Francisco II] hasta media escalera y después el rey mesmo de Francia hasta al cabo de la subida, y de allí les llevó en su carroza donde fueron también recibidos de los tres /// [rotura de hoja con pérdida de texto], [fol. 43r] recibió con mucho amor y cortesía y se hizieron de una parte y de otra los cumplimientos y ceremonias acostumbrados, mostrando el rey de Francia mucha gana y desseo de continuar y observar la paz y toda buena correspondencia y amistad con el rey nuestro señor su hierno. Y por nuestros rehenes se le certificó también que se haría y desseava hazer lo mesmo por parte de Su Magestad.

Acabada esta plática fueron a otra sala donde hallaron la Reyna de Francia [Catalina de Medici], acompañada de la Reyna delphina [María I de Escocia], de la duquesa de Lorrena [Ana d'Este], de madama Elisabecht [Isabel de Valois], de su hermana la pequeña [Margarita de Valois] y de madama Margarita de Francia y de muchas otras damas y damyselas a las cuales hizieron también la reverencia y los cumplimientos debidos. Después de todo esto fueron el cardenal de Lorrena y el conestable de Francia, el mareschal de Sant Andres [Jacques d'Albon de Saint-André, marqués de Fronsac], el obispo d'Orleans [Jean de Morvilliers] y el secretario Laubespine [Claude de l'Aubespine, barón de Châteauneuf] a hallar nuestros rehenes en la posada del duque d'Alva [Fernando Álvarez de Toledo]. Y tomando la palabra el conestable, después de muchos cumplimientos y afirmaciones de la voluntad del rey su amo, vino a decir la orden que tenían dada para la restitución de las plaças assí en estas partes como en Italia. Y se concertó que el juramento que el rey de Francia ha de hazer de la paz en presencia de nuestros deputados se hiziesse el domingo pasado en la iglesia mayor y que el rey les combidava aquel día a comer con él, y que el jueves siguiente [fol. 43v] se podría hacer el casamiento de nuestro rey [con Isabel de Valois] y el otro domingo después del del duque de Saboya [Emmanuele Filiberto con Marguerite de France, duquesa de Berry]. Aquí han ya restituido Marie[n]burg y el conde de Mansfeld [Peter Ernst von Mansfeld] ha scripto que había recebido cartas del gobernador de Champagne [François I de Clèves, duque de Nevers] en que le decía que tenía a punto todas cosas para la restitución de

Theonville [Thionville], Dampville [Damvillers], Montmedi [Montmédy] y otras plazas de aquel gobierno, y que él yva allá para recebir las. Y así esperamos cada hora nuevas de que se haya hecho la restitución y también de lo de Italia.

Guarde etc.

De Brussellas a 20 de junio, 1559.

REFERENCIAS

BOUZA, Fernando, «El espacio en las fiestas y en las ceremonias de corte. Lo cortesano como dimensión» en *La fiesta en la Europa de Carlos V*, [Madrid], Sociedad Estatal para la Conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 155-173.

HAAN, B., *Une paix pour l'éternité. La négociation du traité du Cateau-Cambrésis*, Madrid, Casa de Velázquez, 2010.

MAPAS Y GRABADOS DE LEPANTO EN LA REAL BIBLIOTECA, EN PERSPECTIVA (I)

En el 450 aniversario de Lepanto cabe recordar que la Real Biblioteca custodia una agrupación de grabados relativos a la batalla -conjunto notable por ser inmediato a ella en su ejecución-, algunos fechados en el mismo 1571 y otros sin fechar pero coetáneos, estampados la mayoría en el taller romano de Antonio Lafreri. Asimismo, hay representaciones de otros acontecimientos bélicos mediterráneos asociados al suceso de Lepanto, previos al mismo y posteriores, fruto de su consecuencia militar y de los que conviene hacer alguna consideración para apreciar el contexto histórico del conmemorado hecho de armas. Esta es una panorámica que se suele postergar ante el protagonismo que la antigua historiografía española tendió a dar al choque naval leantino, en un enfoque exaltatorio deudor del nacionalismo historicista de raíz decimonónica, prolongado en el tiempo por el uso ideológico de la ocasión militar durante las décadas centrales del siglo pasado.

Hay historiadores navales que reconocen, no sin cierto énfasis, en este choque bélico uno de los tres de mayor dimensión en los cuales Occidente «paró» el poder marítimo de Oriente. Los otros dos serían Salamina -no lejos de Lepanto- y Midway. En realidad, no se neutralizó en 1571 la acción otomana en el Mediterráneo sino que, al contrario, se activó casi de inmediato y con notable vigor en el norte de África, donde se reafirmó el poder turco. Sí es manifiesto que tras Lepanto y la recuperación definitiva por los turcos de Túnez en 1574 se produce una estabilidad táctica del tablero mediterráneo, por intereses mutuos de los dos imperios, y el eje del escenario naval de confrontación giró para la Monarquía hispana del Mediterráneo al Atlántico. Vinieron luego los años de la Gran Armada, las operaciones inglesas contra Cádiz (1596, 1625) -aparte las acciones de Drake y Hawkins-, y el auge atlántico del poderío naval holandés, este sobre todo en las primeras décadas del siglo XVII, con brillantes acciones en Bahía o Pernambuco. En la costa atlántica continental la Monarquía hispana optó por la guerra de Flandes, que se primó frente a nuevas operaciones mediterráneas de calado al ser territorio patrimonial de la Corona y requerir de ella tantos recursos.

Pero el eco de la batalla de Lepanto fue ciertamente resonante en Europa. Al estar en su origen una liga de poderes cristianos dio lugar a una propaganda muy eficaz en el continente y pronto se reflejó en el mundo de la imprenta dentro de las representaciones grabadas. Justo por entonces había aparecido la *princeps* del atlas de Abraham Ortelius, un notorio avance con respecto a la cartografía anterior, pues fue el primer atlas de concepción mundial y uniforme en lo que se llevaba de siglo, y supuso una ambición más científica y actualizada. Editado en 1570, constaba de setenta mapas en cincuenta y tres hojas. En los mapas se usaba la *proyección Mercator* gestada el año anterior, algo que resultaba muy innovador. Pronto, tras su éxito, se sucederían las ediciones en diversas lenguas: en 1624 habría más de cuarenta y se alcanzaría un número de ciento sesenta y seis mapas representados. Como rápido complemento, en 1572 se idearon los seis volúmenes de vistas de ciudades a cargo de Frans Braun y Georg Hogenberg, *Civitates Orbis Terrarum*, que tenían la particularidad de incluir la representación de tipos locales junto a los mapas. Estas figuras humanas no eran un motivo ornamental, como podría creerse erróneamente, sino preventivo. Braun, en la introducción del primer volumen, advertía que la figuración humana se incluía para vetar el recurso a estas vistas de ciudades por parte de los turcos y evitar que hiciesen un uso militar de la información visual que ofrecían las *Civitates*.

También entonces aparece el denominado *Atlas Lafreri*, el primero considerado por los estudiosos con portada propia. En la Real Biblioteca está bien representado por varios volúmenes facticios formados por hojas que se agrupaban dando lugar a contenidos singulares y diferentes entre sí en su disposición. Se considera que se realizó entre 1550 y 1572, fechas-tipo que ofrece el ejemplar de referencia, el de la Universidad de Helsinki, aunque el ejemplar de la Real Biblioteca con signatura MAP/464 contiene representaciones ejecutadas ya en 1532, lo cual lo convierte en el más completo, con un total de ciento sesenta y cuatro mapas. Lafreri, pues, decidió reunir en volumen las numerosas representaciones tanto suyas como de sus colaboradores, un conjunto de mapas, planos y vistas que durante décadas se habían ido vendiendo sueltos al cordel. Como novedad, y a modo de carta de presentación, puso al frente de dicha agrupación la portada atribuida a Etienne Dupérac desde 1970, un frontón partido que incluye la figura del Atlante con la bola del mundo. No se trataba de una referencia mitológica sino de una alusión al rey de la cordillera del Atlas, que era astrólogo, y cuya fama llegó a los eruditos cartógrafos.

La portada del MAP/464 luce, por tanto, el característico frontispicio arquitectónico lafreriano con el título de *Geografia. Tavole Moderne di Geografia de la maggior parte del mondo di diversi avtorii raccolte et messe secondo l'ordine di Tolomeo...* En este volumen, a partir de la representación numerada como 76, tras las estampas geográficas, aparecen con profusión las de operaciones

bélicas, incluida una de la serie lafreriana de Lepanto, (núm. 153). La serie de la batalla naval, que da lugar a estos párrafos, se halla en el MAP/455. El MAP/454, otra agrupación que abriga ochenta y ocho representaciones, no contiene ninguna de la batalla pero sí de algún choque naval en el contexto de Lepanto (núm. 86). El del golfo de Artha o Brancaccio -hoy llamado golfo de Amvrakikos-, con el bloqueo de la armada cristiana por los turcos, se halla asimismo en el MAP/464 (77). La misma estampa reaparece en el MAP/455 (59) y en el MAP/438 (50). Tanto en el MAP/464 como en el MAP/454 figura el mismo *olim* topográfico de la antigua signatura de la biblioteca del I conde de Gondomar, el embajador don Diego Sarmiento de Acuña: «Sal. 2ª, Est. 14, Cax. 7ª», por mano de Diego de Arratia, al servicio de los marqueses de Malpica, herederos de la biblioteca gondomariense, y revisor de un índice de los libros fechado en 1775 (RB II/2619). Es decir, estos dos volúmenes de mapas estaban juntos en la biblioteca vallisoletana del conde en el mismo cajón donde en el XVIII se guardarían volúmenes grandes de cartapacios cartográficos, de vistas y estampas.

Lafreri estaba en la línea de otros grabadores cartógrafos relevantes, como Antonio de Salamanca -con el que trabajó diez años, del 53 al 63-, o Giovanni Francesco Camocio y Giacomo Gastaldi, asimismo impresores-editores de cartografía, vistas y escenas bélicas, pero había otros destacados, como Paulo Forlani o Ferrando Bertelli. Los mapamundis insertos al inicio del MAP/454 y especialmente los del comienzo del MAP/464, el primero de 1554, son de estos autores y de alta calidad cartográfica pese a reiterar modelos ptolemaicos, como se indica en el título del MAP/464, aunque hay un eficaz uso de modelos posteriores en esos planisferios. El trabajo de estos autores no tiene la dimensión científica del de Ortelius pero es el estadio preorteliano más inmediato y por tanto, en su conjunto, suponen una aportación relevante. Además, son el último jalón del auge de la cartografía italiana antes de que la aportación Mercator-Ortelius trasladara el eje de producción más innovadora a los Países Bajos, primero a los católicos, con relevancia de Amberes, y luego a las Provincias Unidas protestantes que contaban con una industria tipográfica mucho más potente, con mayor capacidad financiera para los grandes atlas, de edición de alto coste, capacidad que prolongarían los Blaeu y otras grandes casas cartográficas.

En conclusión: hay un conjunto de volúmenes facticios en la Real Biblioteca que contienen mapas, vistas y planos de Lafreri o de su escuela, que comparten la misma tipología de composición y concepto de reunión. Aparte de lo mencionado, hay producción muy similar en el MAP/612 (1-12), a cargo de Giovanni Francesco Camocio, aunque ninguna sobre Lepanto. El MAP/613 es asimismo de Camocio e incluye varias representaciones lepatinas pero de menor entidad que las de Lafreri en el MAP/455. También en el MAP/438 hay una estampa de la ocasión de Lepanto (núm.79), la que lleva por título *Il vero ordine dell'Armata Christiana et Turchesca...*, la misma que consta en el MAP/455 (50). Consolación Morales [1958: 717-741] en un artículo sobre cartografía carolina de la Real Biblioteca, alude a estos volúmenes sin indicar su signatura y antes de que les prestara atención la que fue directora durante décadas, Matilde López Serrano [1971: 12-16], en somera aproximación descriptiva y valorativa, con motivo precisamente del aniversario -cuatro siglos- de la batalla.

Antoine Lafreri, borgoñón asentado en Italia, nos interesa aquí pues las representaciones grabadas más valiosas de la batalla de Lepanto que se custodian en la Real Biblioteca son las suyas. Las de Lafreri, que se enmarcan como se ve en un panorama sumamente interesante de revolución cartográfica en la representación territorial y marítima, se hallan en su serie en el referido MAP/455, volumen facticio encuadernado en pasta valenciana azul de época de Fernando VII, en el taller del Juego de Pelota en su segunda época ligatoria, en formato folio elefante con remarginaciones hechas al incorporarse esa pasta, que era en realidad una cubierta aprovechada de un atlas de Blaeu, como indica el tejuelo. Esas remarginaciones, derivadas de la reencuadernación, servían para igualar el tamaño de todas las hojas pues las hay dobles en gran formato y otras que son menores. Incluye al inicio una tabla de contenidos manuscrita en español y datable en el siglo XVI. El volumen ofrece, por una parte, hojas habituales en la formación del mencionado *Atlas Lafreri: Geografia. Tavole Moderne...*, pero además incluye otras representaciones, casi todas de sentido militar, que comprenden un arco cronológico que va desde 1542 hasta 1574. El contenido asciende a setenta y siete hojas de mapas, planos y vistas y veinte de grabados. Lleva como portada grabada el característico frontispicio de Lafreri, ahora mudo, con tres figuras simbólicas femeninas que coronan un frontón partido: Abundancia, Fe -en el centro- y Justicia. Hay numerosas plantas y vistas de fortificaciones y tres representaciones son manuscritas.

Lafreri, no solo grabador sino impresor-editor, en 1571 estaba en su plena madurez profesional. Era un hombre ya de edad avanzada que fallecería un lustro después. Las estampas lepatinas del MAP/455 presentan textos explicativos en italiano, no en latín solemne, prueba de que Lafreri quería satisfacer una demanda popular de saber cómo fue la batalla. Recurre a cartelas detalladas, sirviéndose indudablemente de los testimonios y relaciones de soldados intervinientes, que corrían por toda Europa, al igual que ocurrió en san Quintín, dada la gran presencia continental de soldados al servicio de la Corona hispana. Son representaciones de estampación muy próxima al choque naval pues los textos de Lafreri reflejan gran inmediatez y detalles relativos a cada galera, como si procedieran de testigos directos. Por otra parte, en alguna se indica que se imprimió en noviembre de ese mismo año, como en *L'ordine tenuto della armada...*, que va firmada por él. El conjunto se convierte así en una propaganda visual del poder cristiano coordinado en la Liga Santa de solvente eficacia política. Impresor en Roma, donde trabajó aproximadamente desde 1540 -a partir del 44 con establecimiento propio-, Lafreri siempre estuvo en conexión con el aparato pontificio a efectos de difusión de las acciones papales dentro y fuera de la Ciudad Eterna, como es el caso de Lepanto con la Liga Santa. Aparte de la disposición de las galeras en vista cenital clásica, hay alguna representación de gran viveza que refleja bien el tráfigo bélico en su cañoneo y choque de galeras, como si se estuviese en medio de la bata-

<http://www.realbiblioteca.es>